NÚMERO 4.°





Antiguo Alcázar de Madrid.



El voto de Alfonso sesto.

(HISTORIA DE LA VÍRGEN DE LA ALMUDENA.)

1085.

I.

En la Mantua Carpetana
están las calles desiertas,
mudas las casas, y el cielo
cubierto de nubes negras.
Silencioso está el castillo,
solitarias sus almenas,
y á no verse el compasado
paseo de un centinela,
juzgárase que en sus muros
no guarda gente de guerra.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la Iglesia.
Bien lo dicen su mesura,
y sus vestidos de fiesta,
y el llevar al descubierto
las abatidas cabezas.
Bien lo dice una cruz tosca
que siguen con reverencia
varios clérigos cantando,
y unas andas en que llevan
á la Vírgen de la villa,
á su madre y á su reina.
Vienen detrás las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros
sus hijos vienen con ellas.
Hacen los varios colores
del traje, confusa mezcla,

y los diversos murmullos
un solo rumor sustentan,
voces que á intérvalos cantan,
voces que á intérvalos rezan.
—Madre; dice un rapazuelo
á la mujer que lo lleva.
¿A dónde van con la Vírgen?
Y le responde:—A esconderla,
que son los moros capaces
de sacrilegios que aterran,
y acuita á los Mantuanos
tener á los moros cerca.
No muy lejos una anciana,
que se reprime con pena,
murmura con voz temblona:
—Mal pecado y mala mengua
nos trujo el rey Don Rodrigo,
que si el cielo nos aprieta
del mucho holgar en el Tajo
fué la culpa manifiesta.
—¿Para qué teneis espadas
si no sabeis usar de ellas?
dícele un viejo á un guerrero,
y este, que presto se quema,
responde:—En verdad que ansío
que á Mantua los moros vengan
por ver si tienen tan dura
la piel como vos la lengua.
La procesion sigue en tanto
hacia el lado de la vega,
y al llegar á la muralla
se detiene, dobla en tierra
la rodilla, y en silencio
al llanto que corra deja.
Llevan la Vírgen á un cubo,
delante ponen dos velas
encendidas, y lo tapian
con mas cuidado que priesa.
Poco despues, ¡pobre Mantua!
pisa la hueste agarena
sus calles y en su castillo
la infiel media luna ondea.

II.

Junto á la imperial Toledo,
y en la campiña que riega
el Tajo, que en su corriente
oro y cristal juntos lleva,
asiéntase un campamento
en armas rico y en tiendas,
que son variadas, y muchas,
y con distintas enseñas.
La cruz estiende sus brazos
sobre aquel bosque de telas,
y de la cruz al amparo,
ornada de insignias regias
una tienda se levanta
magestüosa y severa.
Con gran recato la guardan
los apuestos centinelas,
que allí Don Alfonso el sesto
descansa de sus faenas,
si es que descansar los reyes
pueden en tiempo de guerra.
Desvelado está el caudillo
en grado tal, que la tienda
mide con inquietos pasos
y al fin se sale á la puerta,
mas aire buscando el pecho
y con la vista mas tierra.
Es de noche: de Toledo
los minaretes descuellan
como remates del cerro
perdido entre sombras negras,
y aunque á intérvalos la luna
pálidos rayos refleja,
solo á la vista permite
ver que Toledo está en vela,
por los acerados visos
con que su luz centellea.
A sus pies murmura el rio,
parece que en son de queja,
y estraños sonidos forma,
que en ocasiones semeja
que va arrastrando armaduras
y las choca con las piedras.
A veces rumor confuso
finge de ruda pelea,
y á veces suspiros, ayes,
ecos que lloran muy cerca.
Estremécese el caudillo
y en los imposibles piensa
que de loco le acredita
en su proyectada empresa,
que él sabe luchar con hombres,
y dominar á las fieras;
pero no espugnar los muros
que guarda naturaleza
con escarpadas alturas,

con abismos por do rueda
caudal tan crecido de agua
de tan potente fiereza.
Sus ojos levanta al cielo
pidiendo al cielo clemencia,
y acuérdase de María,
y la tradicion recuerda
de aquella escondida efigie
que busca con insistencia
Madrid, pues que existe sabe
é ignora donde se encuentra.
Cuando cercaba sus muros
imaginó Alfonso vella.
Ganó á Madrid, y buscóla
con cuidosa diligencia;
pero fuese sin el logro
del hallazgo por la priesa
de poner cerco á Toledo
con cuya conquista sueña.
Parécele que la Vírgen
está con él descontenta,
porque dejó de buscalla
por irse tras otra empresa
y dá de ser mal vasallo,
y mal caballero muestra
quien por buscar su provecho
no sirve bien á su reina.
Con lágrimas en los ojos
dobla la rodilla en tierra
y de buscar á la Vírgen
hace solemne promesa
tan pronto como Toledo
vencida y tomada sea.
Entonces rasga la luna
las nubes en que está envuelta
y la ciudad ilumina
con luz misteriosa y bella.
Suspende el Tajo su furia,
Alfonso tranquilo queda,
en dulce sueño gozando
de perspectivas risueñas,
y al cabo de dos semanas
se alzan del campo las tiendas,
porque rendida Toledo
abre al sitiador sus puertas.

III.

¿Quées lo que en Madrid ocurre?
¿qué furor estraño ciega
á magnates, y villanos,
á guerreros, y doncellas?
Los góticos edificios
registran con tales veras,
que al cabo de pocos dias
vienen á quedar por tierra.
No se apagan las antorchas
en subterráneos y cuevas,
que ensanchan y profundizan
escavaciones inmensas,
y en la villa y en el campo
se busca con vista inquieta,
palmo á palmo se registra
se mueve piedra por piedra.
Diz que Don Alfonso el sesto
tales pesquisas ordena
en cumplimiento de un voto,
y el pueblo con gusto presta
por encontrar á su Vírgen,
consejos, caudal y fuerza.
Al cabo de algunos dias
ofúscanse las cabezas,
las esperanzas se pierden,
se rinden las fuertes diestras,
y en desordenados grupos,
sin concertar las ideas,
cavan, demuelen, destruyen
todo lo que al paso encuentran.
El rey, que es poco sufrido,
estrago mayor proyecta.
Dice que la Villa es suya,
que la ganó en buena guerra
y ha de arrancar los cimientos,
trocar en valle la vega,
y entrarse luego en el rio
á registrar sus arenas.
Sábelo el pueblo y le envia
quien le hable de esta manera;
—«Señor, las vidas son tuyas
lo mismo que las haciendas:
si quieres ver demolidas
las casas, danos licencia,
que ya nos come el deseo
de poner la mano en ellas.»
Mucho place al rey su pueblo
y á darle va la respuesta,
cuando el sesudo prelado
de la toledana iglesia
con voz mesurada y firme
dice las palabras estas:

—«Mal imaginas, Alfonso,
que se hallan del cielo prendas
con ímpetus que suponen
mas bien que piedad soberbia.
Antes que aumentes el daño
á Madrid, ve tu conciencia,
que quien vierte mucha sangre
con mucho descuido peca,
y pecados de los reyes
de pueblos son penitencia.
Si hacer cenizas resuelves
para hallar la Vírgen, sea:
hunde tu frente en el polvo,
pon ceniza en tu cabeza.»
Picado el rey del consejo
siente correr en sus venas
fuego que al rostro le sube,
y las megillas le quema;
mas trascurrido un instante
se inclina con reverencia
y del anciano prelado
humilde la mano besa.

IV.

En la Mantua carpetana
están las calles desiertas;
silencioso está el castillo;
solitarias sus almenas.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la iglesia,
que bien lo dicen de lejos
voces que cantan y rezan.
En procesion muy lucida
camino van de la vega
y el rey Don Alfonso el sesto
va con humildad estrema:
luego siguen las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros
vienen sus hijos con ellas.
Entre la piadosa turba
destácase una doncella
de hermosura peregrina,
que, entre llorosa y risueña,
va diciendo: —«Vírgen Santa
hora es ya de que parezcas.
Lavó de un rey el pecado
un mar de lágrimas nuestras.
Si la ciudad perros moros
profanaron con su huella,
mira que ya con su sangre
hemos lavado la tierra,
y para que no la pises
la cubre gloriosa tela,
pues hoy nuestro amor te pone
por alfombra sus banderas.»
La procesion llega al muro
y, cual si sus ruegos fueran
irresistibles arietes,
desplómanse algunas piedras,
húndese parte de un cubo
do brilla una luz intensa
y en él preséntase al pueblo
la Vírgen de la Almudena,
con las velas encendidas
que se escondieron con ella,
sin ser tres siglos bastantes
para mermarles la cera.
Madrid, Madrid, tu patrona
de tantas glorias emblema,
la Vírgen que fué en el muro
testigo de tus grandezas,
la que guardando la villa
tornó su color morena,
la que buscó el bravo Alfonso,
la que apareció en la Vega,
en la Mantua carpetana
no tiene un templo siquiera.

J. R.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.